



BOLAÑO QUISO JUGAR A DESVELAR HASTA QUÉ PUNTO LA FANTASÍA FORMA PARTE DE LA REALIDAD

El dramaturgo, crítico y escritor Pablo Ley firma con el director de 2666, Álex Rigola, la adaptación de la novela póstuma de Bolaño. Entre ambos han desmenuzado y diseccionado esa intensa y deconcertante ficción literaria alrededor del pavor que es la novela del escritor chileno, interpretando la osadía contenida en las más de mil páginas de la obra, que a Ley se le antoja insólita por distintas razones.

Insólita, en primer lugar, por su génesis, porque ha acabado siendo el testamento literario de uno de los novelistas en lengua castellana de más renombre en los últimos años, cuya grandeza se ha medido, sobre todo, por la ambición de los objetivos intelectuales que se impuso. También porque 2666 es una novela que contiene muchas novelas en una sola. Con una desenvoltura y una enorme capacidad inventiva, Bolaño estaba construyendo, cuando le sobrevino la muerte, cinco novelas al mismo tiempo, vagamente ligadas por un argumento entrelazado y por algunos personajes que van pasando de una novela a otra aunque retratados desde distintas perspectivas. En sus páginas se acumulan infinidad de episodios que acaban mostrando, en un abigarrado fresco, una imagen de nuestra contemporaneidad desde una mirada posmoderna, es decir, hecha de retazos de culturas, de tiempos, de lugares, de sucesos diferentes.

Pero, ¿de qué habla, sin embargo, 2666? Pablo Ley subraya que resulta fácil perderse en la búsqueda de un tema que va haciéndose más y más complejo a medida que van sucediéndose las páginas. Resulta aconsejable no perder de vista que 2666 son, en realidad, cinco novelas: con cinco argumentos bien diferenciados, con cinco esquemas de personajes completamente distintos pese a la coincidencia de algunos de ellos en una y otra novela; con cinco temas perfectamente definidos en cada uno de las partes. Puede decirse quizás que habla de los dos extremos de una misma pulsión mental, de una misma necesidad específicamente humana, el delirio de alcanzar la capacidad divina de creación y destrucción. Según Pablo Ley, Bolaño, además de lanzar una mirada profundamente crítica sobre la realidad que está a punto de dejar atrás a causa de

su salud, reflexiona también sobre el oficio de escritor. Un oficio que es, en el fondo, el del creador de mitos. Mitos o, lo que es lo mismo, narraciones maravillosas que con frecuencia interpretan el origen del mundo.

El dramaturgo se refiere a las dificultades de adaptación de una obra de la compleja naturaleza de 2666, que carece de una línea argumental a la que aferrarse. *Inevitablemente, la adaptación de una novela de estas características a la escena obliga a dejar que la novela hable por sí misma. No se la puede someter a ideas preconcebidas, no se la puede resumir limitándose a localizar los fragmentos más teatralizables, los diálogos más sustanciosos, las imágenes visuales más logradas. Hay que dejar que la novela hable en toda su complejidad, en su condición fragmentaria, en su multiplicidad, en su inabarcable ambición. Y, para ello, es necesario destilarla en sucesivas lecturas a través de las cuales irán surgiendo los personajes, los objetos, las palabras, las músicas, las imágenes, el espacio, la estética, el tiempo. la novela de Bolaño es, en gran medida, un tremendo banquete literario en el que una prosa de gran calidad construye un mundo que entreteje indistintamente realidad y ficción, fantasía o mentira... Y es ese mundo el que, sin duda alguna, debe vivir sobre el escenario.*

Para Pablo Ley, Álex Rigola bebe de las diferentes corrientes vanguardistas del teatro del siglo XX, y su visión está comprometida con el teatro progresista europeo de las últimas décadas. Todo ello ha desembocado en la puesta en escena de corte inequívocamente contemporáneo de esta coproducción, en la que lo teatral se aleje de la convencionalidad del argumento para convertirse en el epicentro de la percepción del espectador.

En su novela póstuma, Bolaño quiso jugar a desvelar el funcionamiento de la fantasía, desvelar hasta qué punto la fantasía forma parte de la realidad. Éste es, pues, el juego al que hemos jugado en la adaptación teatral, pretendiendo hacer de 2666 un juguete a la medida de Bolaño, concluye Ley.